

J CA2

Las multinacionales de la fe, un vehículo de infiltraciones en El Día. México, 25 de marzo 1983. Docs.1

La visita de Juan Pablo II en Centroamérica dejó a los católicos no conservadores desilusionados e indignados. Wojtyla no fue a solidarizarse con su rebaño que sufre guerras y agresiones, fue -otra vez- a hacerle el trabajo a Reagan, a cambio Éste le apoya con Polonia. Selser se refiere al cardenal argentino Juan Carlos Aramburu, ese que no dijo nada durante las atrocidades de la Guerra Sucia, y ahora asegura que hay que ayudar a Centroamérica. Ni siquiera le preocupa el crecimiento de las sectas en Argentina.

Clave expediente J CA2

Fondo C

Volumen

Año de publicación 1983

Año final 1983

Sección temática 1983

Serie geográfica 1983

Sección relacionada

Serie relacionada

Observaciones Recortes de diario y documento mecanográfico

Fuente Gregorio Selser

(APN)

25/3/83 n. 16

Centroamérica-Caribe

Las multinacionales de la fe, un vehículo de infiltraciones

por Gregorio SELSER

Al término de la estancia papal en Centroamérica, el sentimiento que prevalecía entre la masa de creyentes católicos no conservadores de la región fluctuaba entre la desilusión y la indignación. Fuera de que por adelantado sabían que Juan Pablo II llegaba con prevenciones y perjuicios alimentados por los informes de los episcopados locales no menos que por los de su núcleo asesor con bases en Medellín (cardenal Alfonso López Trujillo y Roger Vekemans) y en Roma (Sabastiano Baggio y el falangista español Eduardo Martínez Somalo), tenían la esperanza de que, al contacto con otros sectores de la feligresía, se produciría al menos un intento de comprensión, que fuera el vehículo para disminuir la drástica de sus conocidas posiciones y preceptos.

El subsecretario asistente del estado Vaticano, el falangista Martínez Somalo, de quien es fama que está preparando para el colombiano López Trujillo la titularidad de la cancillería papal para cuando deba dejarla Agostino Casaroli, no ocultó su satisfacción ante un grupo de jesuitas centroamericanos, por lo que llamó "grandioso éxito" de la gira; como si Wojtyla no hubiera hecho el viaje sino para "eso", dijo en alta voz: "Las puertas de la Iglesia han sido cerradas para el demonio comunista nicaragüense". Ante la pregunta de algún interlocutor sobre si llevarían a Roma "otras" informaciones y análisis de los problemas regionales, el furibundo franquista repitió: "el infierno comunista no alcanzará las puertas de la Iglesia". Esa era toda su preocupación. Y su mensaje evangelizador. De tipejos como éstos comenzó alguna vez Antonio Machado: "Mala gente que camina / y va apestando la tierra..."

El territorio misionario centroamericano esperaba, empero, otra clase de discursos. Los analistas discurren con base en datos de la realidad que compartimos, que la "polaquitis aguda" que padece Wojtyla desequilibra su sentido de la ponderación y la mesura, en relación con sus actitudes políticas que, en tanto terrenas, pueden ser materia de controversia para creyentes y agnósticos. Prevalece algo más que la sospecha de que en esta ocasión de la gira a Centroamérica existió un trueque de tipo simoníaco no necesariamente escrito, con Ronald Reagan, que puso en una charola a esa región, y en otra charola a Polonia.

Favor por favor, pues, en esta transacción no interfirió la profana mixtura de la religión y la política. Wojtyla hizo política con el pretexto eclesiológico, mientras que mucho más al norte, en el mismo hemisferio y al mismo tiempo, Ronald Reagan pontificaba ante teólogos norteamericanos, con la sutileza de un elefante en un bazar, sobre cuál debe ser la misión de los religiosos en el orden temporal. Al menos

en esto, no se podrá culpar de hipócrita al ex actor, a quien no "traducen" los López Trujillo ni los Martínez Somalo. Como no es papa, su discurso es directo y no se vale de excusas teológicas para hacer anticomunismo profesional. O solapado.

La transnacionalización de políticas, como de religiones, es un fenómeno afín al de las exportaciones de capitales financieros. En nota anterior glosamos una crónica del argentino Enrique Symms que, con el título de "Las sectas, multinacionales de la fe", abordaba en las latitudes australes del continente el tema de las fuerzas de choque en la masiva penetración, premeditada y concertada, de las iglesias y sectas protestantes. Pero para el cardenal primado de la Argentina, Juan Carlos Aramburu no era ese el problema religioso capital en Hispanoamérica, de acuerdo con sus declaraciones en la prensa a su regreso de la reunión del CELAM en Haití.

Aramburu, debe recordarse el dato, es llamado "El Primer Sordomudo del País", en su carácter de figura titular de la Iglesia argentina. Desde marzo de 1976 hasta enero de 1981 la jerarquía eclesiológica por él presidida observó un pavoroso silencio frente a los desmanes físicos, materiales y espirituales contra la persona humana cometidos por las fuerzas armadas y de seguridad, en lo que éstas mismas denominaron "Guerra Sucia" y cuya expresión residual, hoy, se traduce en la cifra de 30 mil "arrestados-desaparecidos". Cuando esos jerarcas se decidieron a empezar a decir algo, muy tíbiamente, sobre esa y sobre otras tragedias nacionales, fue porque percibieron, a partir de las quiebras fraudulentas a gran escala registradas a fines de 1980, que el llamado "Proceso de Reorganización Nacional" se estaba desmoronando y que en la caída iba a ser arrastrada, como cómplice y partícipe, la Iglesia que ellos condujeron con total mudez.

Ahora, con otra vuelta de tuerca táctica, aparece como campeona de la "reconciliación" y patrocinante de una "ley de amnistía" que, de acuerdo con el modelo de la que promulgó Pinochet en Chile, está destinada especialmente a blanquear y absolver a los autores y responsables intelectuales y materiales de la "Guerra Sucia". Pero para Aramburu y sus pares esos 30 mil "arrestados-desaparecidos" cuya aparición con vida siguen reclamando instituciones políticas, sindicales y humanitarias —además de los propios parientes de las víctimas—, sería un asunto menor, porque al regresar de Haití dijo (*La Prensa*, Buenos Aires, 18 de marzo de 1983):

"En estos momentos, el lugar que más ayuda necesita es Centroamérica. Existen matices diversos entre los obispos nicaragüenses, pero han estado de acuerdo con la misión fundamental de la Iglesia durante la reunión del CELAM, de la que participaron."

De modo, pues, que este acólito de los López Trujillo y los Martínez Somalo, traslada la psicosis "polaquista" de Wojtyla y se hace eco y partícipe del efecto simoníaco que esa psicosis ha producido en las tácticas vaticanas. ¿Por qué será que, para Aramburu, "el lugar que más ayuda necesita es Centroamérica"? ¿Piensa acaso en mediar en El Salvador, o en Guatemala, para que cesen las matanzas de indígenas y la guerra civil? ¿O sugiere que los obispos de Nicaragua se unan al gobierno revolucionario para denunciar la guerra inducida desde Washington, o para que se opongan a las bandas somocistas y mercenarias que desde Honduras han invadido su patria desde Honduras? ¿O, finalmente, se refirió al "grave problema" debatido por el CELAM en Haití, representado por los varios centenares de sectas protestantes que procedentes de Estados Unidos infestan hoy Centroamérica y el Caribe?

Nada de eso. El jerarca Aramburu amplía su sordomudez para lo de la casa propia, y parece ciego e incapaz de cualquier otra percepción que no sea la de la Guerra Fría, en lo atinente a Hispanoamérica. Y es aquí donde debe centrarse toda reflexión relacionada con los motivos y causales del viaje de Wojtyla a Centroamérica y el Caribe, incluidos su conducta escasamente caritativa y prodigiosamente perjudiciada. De nuevo y aunque parezca reiterativa, la ficha de Polonia debe ubicarse en uno de los fieles de la balanza; en el otro fiel están Nicaragua y El Salvador, es decir, Ronald Reagan.

Aramburu no habló de las sectas protestantes como "problema" de la región, pese a que el católico Enrique Symms anotó el peligro de tales "multinacionales de la fe", añadiendo estos otros datos: "En nuestro país, muchas de estas sectas fueron prohibidas y perseguidas por distintos gobiernos sin que nunca se lograra hacerlas desaparecer ni disminuir su número de creyentes. En muchos casos se logró el efecto contrario: la figura del gurú se mitificó aún más [...] El gurú Maharadji, acusado de pertenecer a la CIA, señalado como estafador y 'programador' de mentes, tiene una numerosa cantidad de 'premis' (discípulos concientizados) distribuidos por todo el país y operando especialmente en el ámbito del rock [...] No existen estadísticas sobre la cantidad de jóvenes que se hallan involucrados en estas sectas; pero su número es más grande de lo que se piensa [...]."

"El paternalismo dictatorial de los gurúes y su gran capacidad de convocatoria es similar al que pueden generar científicos, políticos, artistas y deportistas en otros ámbitos de la cultura y corresponde a una necesidad de liderazgo. El manipuleo mental de las masas es propio de muchos gobiernos actualmente implantados en el mundo que se sustentan en la creencia de una supuesta incapacidad de los pueblos para asumir su destino [...] (Clarín, Buenos Aires, 4 de marzo de 1983, pp. 14-15.)"